

# Amor y culpa en Tibulo

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

Tibulo se yergue ante nosotros como paradigma radical de la persona amante. Sólo ha habido en su existencia esa proyección, su intención de co-existencia ha girado en torno de su capacidad sin fin, hondura de alma sencilla, para amar. Débil, ingenuo, enfermizamente triste, no obstante el poeta ha sido cadena de salvación para una época<sup>1</sup>. Pocas personalidades como la de Tibulo son hacedoras de fascinación, ya que su poesía trasciende la coordenada espacio-temporal en la que nos empeñamos, con firmeza digna de mejor causa, ocurren las cosas, porque la poesía de Tibulo es la invitación a ver el trasfondo mismo de las almas en la hora dura, pero cierta, del camino de vuelta, cuando se desvanecen, probablemente en buena hora, las ilusiones que noblemente alentaba nuestro corazón. Poesía para el instante cansado en el que el ser, perdidos todos los sentidos, quebrado el paisaje de todas las cosas y personas amadas, que quisimos incorporar a nuestra vida y que ellas declinaron, con dolor algunas, con indiferencia, cuando no hostilidad, las más, busca decirnos algo que no deba marchitarse, una unidad superior que aglutine esos añicos de nuestro mundo roto, ese grito incontenido de dolor, que es este angustioso y sin remisión devenir en el que jugamos la existencia.

No es la de Tibulo poesía para ser leída y olvidada luego, tras cerrar el libro, como otros juegos literarios ni es tampoco poesía para acompañarnos en la hora especial de nuestra cobardía, hora suspendida entre los instantes, ni tampoco es poesía menesterosa de alharacas que nos anuncie, para contristarnos, versos más tristes en la noche. No es algo mucho más hondo, que surge de la herida incurable de las ausencias, ausencias que se deben querer por cuanto ellas son voluntades inequívocas de aquellos a quienes un día dirigimos la palabra de amor<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> *Si tamen e nobis aliquid nisi nomen et umbra / restat, in Elysia ualle Tibullus erit* Ovidio, *Amores* III 59-60

<sup>2</sup> Si, como afirma Buytendijk, siguiendo una meditación de la filosofía clásica, la libertad consiste en querer lo que se puede y no en poder lo que se quiere, hemos de aceptar que, precisamente, el ejercicio de la libertad empieza cuando la ausencia del otro, a quien dirijo mi palabra y él la declina, es aceptada, no por distinta

El amor lo llena todo en Tibulo. Dispensará, pues, el auditorio que una conferencia que prometía abordar el tema de la culpa, haya de detenerse, siquiera un momento, en el amor y en los amores del poeta. Pero lo hacemos no en virtud de un romanticismo pietista que busque emocionar el corazón para una simpatía forzada. No lo hacemos por cuanto la estructura de la persona amante es algo fundamental, que fundamenta lo que queremos decir, nuestra proyección existencial. Nos encontramos ante una de esas dimensiones inalienables e irrebasables de nuestro estar en el mundo. Por el amor yo apuesto por los demás, por mi palabra de amor dirigida a otro me confieso y confieso la indigencia y la pobreza que soy, me siento en gracia a ella más débil y busco en el otro un cobijo para mi existencia amenazada. El amar es el impulso salvador de mi narcisismo, que me invita a enclaustrarme en mi inmanencia: el amor me hace salir de mí hacia el otro, tan sólo la apariencia del otro es ya de por sí amable, cuando ella sugiere en gracia a mi sospecha. La palabra brota entonces del corazón. No: el amor no es otra cosa sino esa especial manera de crear el mundo en virtud de la cual la experiencia de la coexistencia como mero dato actual se transforma, en gracia al encuentro que ella procura, en coexistencia o sea en una serie de «yo» irrepetibles que coincidiendo en un lapso de tiempo llegan a un orden superior. La inter-relación personal se nos hace así riesgo que suscita una apuesta. La experiencia del orden mecanicista ha dejado lugar a una visión del orden dinámico: y ¿qué mejor prueba del mismo que esa capacidad, esa urgencia que el hombre experimenta del encuentro, y encuentro verbal, por supuesto, con el otro? Nada hay más triste que el hombre que se ve obligado a mendigar la palabra, a buscar en la mirada amorosa la respuesta a su vacío de horas traicionadas. Pero nuestra dureza de corazón nos impide llegar a tanto, y nos conformamos con abastecer las llamadas primeras necesidades. Sólo que a un lado y al otro de los sistemas econó-

---

razón de la que ella procura, es decir la plasmación de una voluntad de lejama. Yo quiero entonces lo que puedo, o sea continuar queriendo en el grado que me es permitido, en el grado de la ausencia o la distancia. Querer lo que se puede es instaurar el reino del amor por cuanto priva el movimiento afectivo. Poder lo que se quiere es instaurar el reino de la violencia, por cuanto el ser no aparece relativo, instaura su dominio y con él manipula la realidad de los otros. Por tanto, en verdadera libertad querer lo que se puede es permanecer abiertos a lo posible y al diálogo, por cuanto incardina dentro de sí, amando, al ser en su proyección libre de elección. Respetar la distancia, como voluntad del otro, e incardinarla en cariño, vivir en adelante como heredero y consecuencia de esa soledad es ejercitar la libertad en la medida en que, consecuente consigo mismo, respeta y permanece amante del otro. Querer lo que se puede es la reconciliación libre de mí y el mundo, de mí y los otros. Es instalar el reino del tu y del yo, que conducirá al del nosotros. Querer lo que se puede es manifestarse como amante en sus dos movimientos verbales: yo quiero la voluntad del otro, en tanto que poder lo que se quiere deja al sujeto a merced de su propio capricho, ni el sujeto se revela amante ni se tiene en cuenta la voluntad real del otro.

micos y de asistencia social esas necesidades no eran con mucho las primeras, por cuanto no tocaban de lleno al ser menesteroso. Se había confundido otra vez la proporción. El encuentro es esa capacidad para entrar en relación con el otro, en un orden superior de conocimiento: no es un mero relacionarse con la contemporaneidad en clave de coincidencia espacio-temporal o social, en el marco utilitario o simplemente de inevitabilidad, sino en esa dimensión del ser que busca en los demás el ser individual, personal, que cada uno debe asumir. El encuentro es, por tanto, siempre individual: dos seres se conocen, se aman y a partir de la sospecha de amor se crean las relaciones, porque ellas sin el amor no estarían en forma alguna. Decir que las relaciones crean afectos es un error, y no de poca monta. Es el amor el que crea relaciones, sólo que, con nuestra torpe manera de entender únicamente nos damos cuenta de que hay amor en medio de esas relaciones, que a lo más traen a la superficie lo que buscó desde dentro. Pero el encuentro con el otro es la gran amenaza de ser sorprendidos en nuestra intimidad, en nuestra iniquidad y en nuestra gracia. El amor es antes que nada amenaza, amenaza que viene de la palabra que se me dirige en procura de amor y a la que se debe responder con pureza de corazón. Esa palabra horada el marco de mi estar seguro aquí y ahora. Cerrado en mí mismo, disponiendo a mi antojo de mi vida. Pero una débil voz de fracaso que necesita consuelo, una débil voz que ahenta la ilusión de las horas insospechadas, la débil voz del que lamenta la muerte de los suyos, me obliga a descubrirme en la impotencia, me obliga a darme cuenta de que no puedo nada, ni colmar en horizontes de esperanza el ensueño ni calmar el dolor por los que partieron para la otra orilla en el vacío ya irrellenable. Y pese a mi impotencia, mi incapacidad soy yo el solicitado entre millones soy invocado al encuentro. Y con él encuentro que mi indignidad no reside tanto en esa limitación sino en no querer asumirla, incorporándome a los otros pacientes, y por tanto en esperanza, y así me siento referido a los demás, me siento relativo, en mi finitud pero en esa medida de mi relación, porque puedo referirme a los otros, yo me encuentro como ser parlante que se refiere y refiere a los demás. Puedo, en verdad, comprobar cómo mi seguridad vana se viene abajo con estrépito, pero al tiempo que quedo en la intemperie me reencuentro a mí mismo como el ser llamado a trascenderme y al hablar instauro, sacramentalmente, el reino de lo posible, la oración en común, manteniendo el esquema de Kierkegaard<sup>3</sup>. Es así del modo que siento en mí como una falta la palabra de amor declinada, omitida, y del olvido rescato en memoria del corazón todos los instantes pasados, perdidos acaso, que ahora hallo recompuestos en ese orden de los encuentros, cuya dimensión me devuelve a mí en la reconquista de mi ser dimi-tido, y por decisiones libres y erradas

---

<sup>3</sup> *Tratado de la desesperación*, trad. C. Liacho, S. Rueda, Buenos Aires, p. 54

El amor es, por tanto, el reconocimiento de mi indigencia en lo que de radical tiene, pero es también la apuesta que yo hago por el otro o que el otro hace por mí. Riesgo por lo tanto y en ese sentido nuestra labilidad, que nos constituye, juega su papel. Nunca como en el amor el hombre se siente como fracaso, tanto porque la cosa «salga mal» si nos atenemos al término usual, cuanto porque los amantes nada tienen más propio que entregarse que ese fracaso que cada uno es, íntimamente dolorido. Angustia de la muerte, que pesa sobre los amantes, como separación de lo que ellos decidieron unir, creando una nueva dimensión de existencia, lejanías, incomprendiones, esfuerzo sobrehumano para sonreír aún en medio de la fatiga. Hemos querido colocarnos deliberadamente desde ahora en el amor entre hombre y mujer que participa de todo lo anteriormente dicho, pero a un nivel de experiencia más elevado, el de la *communio amoris*, para expresarlo con Binswanger. Y ese amor ha de sobreponerse a esa lejanía y a esa amenaza no obliterando, sino encarnando. Es así como la pareja de los amantes se hace también ser para la muerte, vocación de dos de asumir la muerte y su subsiguiente separación como si fuera la muerte propia. Hacerse cada uno tú de ese yo amante y propiciar así la inmortalidad. Es un librarse de la cadena claustral del vivir aislado para entrañar cada situación dolorosa en aras de lo que ellos soñaron, la eternidad de su amor que el mismo encuentro exigía ya, cuya forma más cercana es no tanto la correspondencia, como la inalterabilidad, es decir la imposibilidad de que ese amor se desplace (es el nivel de exclusividad que le viene dado en virtud de su despliegue ontológico, por cuanto está dirigido a la muerte, y no de disposiciones jurídicas externas al mismo) hacia otro.

El amor es así relatividad, incluso en la proporción o proyección más instauradora: la de los amantes de por vida. Es así riesgo y está amenazado. En cada coyuntura la coherencia existencial exige que salga a flote, que se predique en cada circunstancia, ya que ella es el origen y cada circunstancia busca su fundamento en esa originalidad. Los amantes son así el espectáculo más fascinador que puede darse. Hay una fe, una fidelidad, que está dirigida no a una institución sino al otro, aquel que quiere asumir conmigo la muerte. El amor es algo tan del ser, que no puede entenderse de otra forma. Incluso el odio, instalado en el corazón de los hombres, no es sino la búsqueda de amor no aceptada ni acogida, sí por la incompreensión de los demás, sí también porque aquella se dirigió por la senda equivocada o al final torció el rumbo hacia la desesperanza.

Así el amor dirigido hacia la muerte es conducto a su vez hacia lo sacral hacia el misterio que nos excede, pero al que nos aproximamos en virtud del temblor que el amor procura. Así instauramos el reino del misterio, el reino de lo sagrado pero a cualquier nivel (*communio* o *communicatio amoris*) como contrapartida el reino obscuro de la profanación, de la cerrazón, de la exclusividad del grupo, en principio tan

dañosa como la de la persona, en segundo término peor, por cuanto la persona en el grupo no tiene posibilidad de ser. Es así como reverso del amor y al mismo nivel encontramos la culpa. Son las dos caras de la misma moneda: es decir de nuestra elección de proyección en el mundo.

Quizás el excurso no nos ha desorientado, sino que nos ha centrado y nos explica también por qué esta figura amante, Tibulo, ha sido a su vez quien con más profundidad ha interpretado poéticamente (vale decir verdaderamente) la problemática de la culpa, no como algo que cae fuera de sí, sino como algo profundamente entrañado, que nace a un tiempo de la contemplación amorosa que la mirada del poeta dirige a su coexistencia.

La primera meditación que yo quisiera proponer sobre la culpa en Tibulo, es su consideración de la misma en su dimensión de desorientación, de descentramiento, de yerro en la conducta. Propiamente hablando no hay culpa, pero sí un primer caldo de cultivo, puesto que esta desorientación propiciará la culpa por cuanto obliga a prestar atención a otras cosas a costa precisamente del amor. Por ello todo lo que desvíe de la vocación amorosa desaparezca en buena hora. *O quantum est auri pereat potiusque smaragdī, / quam fleat ob nostras ulla puella vias* (I, 1-51-52), y aparece como duro de entrañas aquel que prefiere el brillo de las armas y el honor guerrero al abrazo suave de la amante: *Ferreus ille fuit qui, te cum posset habere, / maluerit praedas stultus et arma sequi*<sup>4</sup>

Hay aquí un escaqueo de la culpa que viene de la ambición o de la estupidez, pero que engendra dolor y ausencia en el corazón de la amante. Claro es que esta introspección es debida antes que nada a esa sacralidad que el poeta confiere a su amada. Así ante Delia, la bienamada, su sacralidad se desprende hasta la tortura de su numinicidad que engendra en Tibulo el sentimiento de criatura<sup>5</sup>. Será tras la noche de fiebre e insomnio cuando vea surgir a su amada como la garantía de salvación; él no puede morir, Delia está rezando a Isis, diosa compartidora del dolor de los hombres; él será nada en casa y esa nada será su gozo. El amor hasta el fondo busca anonadarse ante la mujer escogida y así queda restaurado.

<sup>4</sup> Tib I, 2, 65-66

<sup>5</sup> El sentimiento de criatura ante lo numínico fue desarrollado ampliamente por Otto en su fundamental libro *Lo Santo*, a él remitimos al lector. De otra parte, es bien sabido la divinización de la mujer en los poetas antiguos. Hay todo un tratado de Lieberg, *Puella divina*, Amsterdam, 1962, donde se estudia el fenómeno, aunque no se menciona el especialísimo de Tibulo en I, 4, 30 que se cita más adelante y que es expresión inequívoca del sentimiento de criatura: ser nada ante la aparición de Delia. Sobre el amor y la amada como fuente de inspiración cf. L. Gil, *Los antiguos y la «inspiración» poética*, Guadarrama, Madrid, p. 109 y ss. Conviene señalar aquí, aunque con urgencia, que esta valoración numínica de la mujer en la poesía antigua deja muy en precario ciertas afirmaciones de W. Hamilton en «¿Qué es la muerte de Dios?» en *La muerte de Dios*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1968, p. 153, que parten de una interpretación, creemos, parcial, de un pasaje de *La letra escarlata* de Hawthorne.

La mirada de amor anonada, no aniquila, restaura en el orden superior, rescatando nuestro ser de la iniquidad

Este amor se alza como algo total, no en vano la muerte ha presidido el momento inicial de la felicidad *Interea, dum fata sinunt, ungamus amores / iam veniet tenebris Mors adoperta caput* (I, 1, 69-70) Por eso quien hostigue al amor, él mismo tendrá un lugar en el infierno del canto III del I libro. *Illic sit quicumque meos violavit amores, / optavit lentas et mihi militias* La distancia querida como lejanía de los amantes es una culpa terrible, por eso este hipotético criminal entrará a formar parte de la ristra de grandes criminales que penan en la sede entenebrecida de noche profunda Ixión, Tityos, Tantalo, las Danaides

Cualquiera falta de amor que contriste a la niña amada, recibirá su castigo *Et si quid peccasse putet, ducarque capillis / immerito in medias proripiarque vias, / non ego te pulsare velim, sed venerit iste / si furor, optarim non habuisse manus, / nec saevo sis casta metu, sed mente fidei / mutuus absentem te mihi servet amor*<sup>6</sup> Y no habría que recurrir aquí al tranquilizador, pero insuficiente, recurso de la metáfora el poeta se ve culpable y quisiera verse privado de aquello que engendró dolor en la amada y por ello supuso una negatividad de sí, no se trata de una amputación simbólica Estamos aquí más cerca del «córtate la mano» evangélica de lo que sospechamos

Por lo demás, la falta de amor repercute en el orden teológico Es muy probable que estemos tentados de ver nada más que un lugar común Sin embargo, la unidad del amor con lo sagrado (él ha visto descalza, con el pelo suelto, de espaldas en busca del amado, como expresión de lo numínico, a Delia) nos invita a entender al pie de la letra el lamento de I, 10, 59: *A lapis est ferrumque suam quicumque puellam / uerberat, e caelo deripit deos*

Efectivamente, toda la culpa de lesa amor significa un trastorno a nivel cósmico y debe ser así porque él ha caminado *sacer* por las calles en virtud del amor que le ha poseído<sup>7</sup>, como regalo de los dioses Tibulo es de aquellas pocas personas que han sabido vibrar ante la llamada amorosa, ha descubierto, por vez primera, la finitud con sentido que la respuesta amorosa de la mujer procura Por eso, inseparablemente de ello, la culpa aparece como algo terrible, como algo cruel La falta que engendra el desamor lleva un destierro de la comunidad amorosa, y sólo un escenario en el aquí y ahora de la existencia podrá acoger al culpable (I, I, 10-65-66): *Sed manibus qui saevus erit, scutumque sudemque / is gerat et mihi sit procul a venere*, pero este destierro lo es también de la comunidad sagrada, de su vivir entre dioses, en el ámbito sagrado de la Arcadia renovada en la que Tibulo ha buscado vivir

<sup>6</sup> Tib I, 6, 71 y ss

<sup>7</sup> Tib I, 2, 27

Pocos hallazgos tan fundamentales para la historia de la humanidad como el de la Arcadia. Snell<sup>8</sup> ha dedicado muy bellas páginas al respecto. Es en la Arcadia donde por primera vez en las letras latinas se posibilita la pregunta ontológica es el lugar del amor más allá de la coordinada espacio-temporal que nos posibilita como existentes. La Arcadia pertenece al mito, pero nosotros la hallamos cronológicamente tarde, sus puertas nos acogen cansados de exceso y heridos —como los dioses antiguos— de mucha muerte. Pero si invirtiéramos la proporción, encontraríamos la Arcadia, punto de arranque de las vivencias, precisamente por la inversión que ella propone. Se ha dicho que la Arcadia es feliz y hemos imaginado una campana de cristal, pero apenas abiertas las páginas de Virgilio, qué es lo que encontramos: un pastor que abandona su paisaje de siempre, unos pastores que gimen amores imposibles, una época que quiere, impaciente, descubrir, al dictado órfico, en la bóveda celeste el nacimiento de las edades; por doquier encontramos tribulación, pero que por ser en la Arcadia aparece plena de sentido y la respuesta que allí se sugiere al ser, es mucho más de lo que en principio podía sospecharse. Cuando Melibeo se va, abandonando todo lo que ha sido suyo, en manos de un bárbaro<sup>9</sup>, que cuidará sin amor acaso de todo aquello que fue ilusión de las horas dulces y por eso, en el ahora sin cobijo, añoradas, es acogido por Tíuro, así el desterrado descubre que ese acogimiento que es mucho más de lo que él podía soñar (alguien que, como él, quiere parar el tiempo), se le revela como algo inútil, en el sentido de que nada variará, pero esa inutilidad fáctica tiene una cara oculta. Melibeo descubre que la Arcadia, lugar de acogida de los indigentes, tristes, solitarios y humildes, no está confinada en el campo del laboreo y pastos que él conoce. Melibeo entra en crisis con su concepto de Arcadia, rompe el molde de su mediatización y descubre al fin que allí donde un corazón piadoso ofrezca su paño de lágrimas a quien anda atribulado, allí está la Arcadia. Que ella está en el corazón de Tíuro, que pese a lo vano de su piedad, apuesta precisamente por esa piedad que aparece colmadora de sentidos, está en el corazón de Melibeo, que sin protestar, asume su hora de lágrimas por entero y ve diferida por alguna hora la despedida.

Este es el paisaje en el que *Tíbulo* ha situado su amor de Delia, el más puro, elevado y sublime, porque ha sido amor del cuerpo y del alma, así en esa integridad se yergue en su honestidad y pureza (insistimos) ante nosotros como una incitación a reconsiderar nuestras calladas culpas de amor. Este mundo extraño e íntimamente nuestro, cual es el de la Arcadia, el mundo del ser, suscita inmediatamente en nosotros el peligroso juego de las preguntas. La Arcadia incita a poetizar, es decir a hacer y hacer el puente que nos conduzca a la reconciliación con el ser, con el

<sup>8</sup> *Las fuentes del pensamiento europeo*, edit. Razón y Fe, Madrid, p. 395 y ss.

<sup>9</sup> Un buen comentario a esta bucólica se encuentra en el capítulo correspondiente del libro de E. Paratore, *Virgilio*, 3.ª ed., Florencia, 1961.

mío y con el de los otros. Faltaba esa nota del amor, turbador y perfeccionador a un tiempo, en la Arcadia<sup>10</sup>, Tibulo se la da, Virgilio, alma sensible para lo cósmico y universal, no había bajado hasta el dolor sencillo de quien se muere de amor por una niña tal vez porque Virgilio en su biografía no había experimentado el sentimiento que embarga hasta anonadar el alma sencilla del poeta Tibulo. Y cuando Tibulo cierre la visión de la Arcadia, ésta se nos propondrá como conquista personal. Ya nadie volverá a hablarnos sino en remedo de la misma. Se nos aparece como un enigma, no tanto porque oculte como porque a través de ella entendemos la vida nuestra como el sinfín de vacíos de nuestro desamor permanente. Se ha dicho que Virgilio no volvió a la Arcadia, lo mismo puede decirse de Tibulo, pero es que la Arcadia, una vez que nos posee no nos deja, sino es al precio de nuestra traición que degrada. La Arcadia no es un lugar para el retorno, pues eso significaría el olvido de ser, precipitarse en la nada por la cara negativa, esa que convierte esperpénticamente la angustia en náusea.

Pues bien, este mundo es el que Tibulo ha regalado a su amante. Eso que tanto se dicen los enamorados y Delia no ha entendido. Como no supo entender (ni ninguna de las mujeres amadas del poeta) la relación sobrenatural que desde su indefensión proponía. Ciertamente Tibulo aprendió la dura asignatura de la existencia, bebiendo hasta la hez la copa de la amargura. *Venus / perdocuit multis non sine uerberibus*<sup>11</sup>. Hay, pues, un doloroso *μαθεῖν* la buena ecuación *παθεῖν / μαθεῖν* que ha sido el gozne sofocleo. Y nada ahorran los inmortales a las almas escogidas, pero es que ese dolor de la existencia es justamente la patente de nuestra inalterabilidad, por eso el Dios que nos ama no nos soluciona nada. Así Holderlin se lamenta: *Descubri esto. Nunca que yo sepa, me habéis conducido / como humanos maestros, vosotros, celestiales, / que todo preserváis, con cautela, / por un llano sendero*, y en la siguiente estrofa de «*Lebenslauf*»: *Que el hombre pruebe todo, dicen los celestiales, / que, bien alimentado, aprenda a agradecer todas las cosas / y conciba el ser libre / para marchar adonde quiera*. Volveremos a tener que recurrir a Holderlin, pero ahora es el momento de entender la existencia como esa conquista que cada elección nos supone. Cada instante de nuestra vida es elección y por tanto fracaso, fracaso porque cada elección deja inactuales mil y una posibilidades que están latentes ahí y que son declinadas y fracaso porque esa proyección de la elección deseada y asumida por cuanto es relativa será la puesta a flor de piel de esa indignancia. Por eso, los dioses adocotrinan en medio del dolor, sólo sufre aquel que ha entendido la vida. Dicen que decían a Munthe: estarás solo para entenderlo todo. Pero ese entender sufriente necesita una apoyatura real. Y nadie mejor que la

<sup>10</sup> Un fino análisis de los motivos de Tibulo puede encontrarse en B. Riposati, *Introduzione allo studio di Tibullo*, Marzorati editore, 2ª ed., Milán.

<sup>11</sup> Tib. I, 8, 5.

mujer que en su sencillez, en la delicada forma de sus rasgos, emerge del fondo verdadero de las cosas: rasgos que a diferencia de lo anguloso del hombre, buscan en ese tibio confundirse con las cosas, a través de la distinción que ellos procuran, la reconciliación amorosa del mundo y del hombre con el mundo en el corazón de la mujer, donde habita Dios. Holderlin ha expresado como nadie la sed de sosiego del adocctrinado en el dolor: *Dichoso aquel que vive tranquilamente amando / a una mujer piadosa, junto a su propio hogar, / en su laudable patria, pues más hermosamente / luce al hombre seguro su cielo en tierra firme.* Así la mujer es el ser en quien se configura el sentido primero y último de las cosas. El destino del mundo se falla —diremos con Rilke—<sup>12</sup>, en el ángulo recto de la rodilla del poeta que de hinojos recibe la Revelación que en su palabra se deposita, pero también en el ángulo, difusamente informe, del regazo de la mujer, allí donde la crisis de proyección existencial de la mujer se produce, cuando la mirada que dirige al mundo, se recoge en sí misma y vuelve a los ojos dulces de la niña, provocando el sereno mirar, que ahonda más y mejor en el alma de las cosas que la mirada inquisitoria del hombre.

Tibulo ha vivido así su relación con la mujer, en esa dura dialéctica de terror y belleza, antesala del pavor. Allí donde nosotros vemos un cuerpo, rara vez una persona, Tibulo y los poetas de su sentir ven a Dios. Ello produce un cierto desconcierto ya que a tanta audacia no hay una respuesta adecuada. No hay lenición ni alivio. Y Tibulo, que ha urgido su existencia de amor, para quien la respuesta ha sido la negativa más hiriente, más cruel, el desprecio sin fondo, se pregunta por una posible culpa, que al menos preste consideración lógica a su situación: *Num Veneris magnae uiolau numina uerbo / et meae poenas impia lingua luit? / Num feror incestus sedes adusse deorum / sartaque de sanctis diripuisse focus? / Non ego, si merui, dubitem procumbere templis / et dare sacratis oscula liminibus / Non ego tellurem genibus perrepere supplex / et miserum sancto tundere poste caput / At tu, qui laetus rides mala nostra, cauto / mox tibi non um saeuiet usque deus / Vidi ego*<sup>13</sup>.

Dos movimientos respecto de la culpa aquí. El primero el más importante, en el orden de las ideas. Culpa y dolor son dos realidades simultáneas en la vida. Toda culpa es dolor por aquellas ocasiones falladas que jamás volverán y es a través del dolor como descubrimos la importancia de nuestras faltas. Pero lo que no ha de hacerse jamás es buscar la culpa como causa fehaciente del dolor. Había sido un expediente, acaso cómodo, ante el que se alza la imponente figura del Job veterotestamentario. Desde aquel día capital en el que el mundo escuchó el lamento del justo toda la visión del dolor fue transtornada. Por eso Tibulo que plantea problemas

<sup>12</sup> Y caen de hinojos ante la vida y la muerte, / así una nueva medida ha sido dada al mundo / por medio de este ángulo recto de su rodilla.

<sup>13</sup> Tib. I, 2, 79 y ss.

humanos a nivel del corazón se yergue ante sí mismo, inocente, sin encontrar causa para el abandono de su niña. La muchacha se va irremediablemente y la sed de abrazos de Tibulo no se saciará en el manantial sagrado de la amada. Si al menos él hubiera faltado a la diosa del Amor, si él fuera reo de desamor, pero nada hay de eso. Sin embargo, el dolor sin falta, misterio tremendo, pero verdadero, se alza en la entraña del poeta, allí donde más hace sufrir, porque al quedarse solo de mujer su indefensión se hace más patente y la tentación del cansancio más poderosa. Y si al menos le cupiese el alivio de sufrir sin suscitar el sarcasmo<sup>13 bis</sup> pero el triunfador sobre otro celebra su victoria ridiculizando al rival de ayer. Es verdad que en este gesto tan cruel hay una terrible cobardía, un miedo incalificable y un orgullo que viene de la inseguridad. Nadie pide aquí declinar la hora del triunfo en hora de amargura, trocar en llanto la risa breve de una felicidad que se nos va, no, pero sí una atención a esas palabras inquietantes de Horacio, Gorki, Camus y Becket<sup>14</sup> que nos incitan, a su manera, a la piedad. Aquí Tibulo se muestra como la Dulcinea de Batty: es injusto reírse del que sufre en el azoramiento de su derrota, cuando él ha de soportar el inmenso peso de la soledad que como noche oscura de su alma carga sobre sus hombros infinita. Es injusto reírse del que sufre, pero tiene el coraje de mirar hacia atrás sin ira y emprender el camino de vuelta de las ilusiones muertas que crujen a nuestros pasos del recuerdo como las hojas caídas en otoño. Crueldad terrible la del dios que deja solo, privado del único sostén. Pero como a un elegido de Dios no escucha su lamento se queda solo, en la soledad dura de la ausencia del ser querido que declina. *Ojalá me quedara como a otros un lugar duradero para salvar mi corazón mortal* (son palabras de Holderlin)<sup>15</sup>. Y el mundo, porque la niña se ha ido, pierde su armonía, pierde el sentido íntimo que hemos aprendido a ver en el fondo de los ojos tiernos y dulces de la mujer que amamos. Todo roto, truncado en la flor. Y el poeta abandonado a sí mismo, honesto y sin tacha (*non ego fallere doctus* I, 9, 37) camina en el desamparo, con la herida larga de las horas, generosa de sufrimientos, incurable ya. Pero ese desamparo radical es su libertad, los poetas instauran, los poetas son llamados en el mayor peligro a la

<sup>13 bis</sup> Segundo movimiento anunciado

<sup>14</sup> Gorki se preguntaba en *Los veraneantes* si teníamos derecho a proclamar nuestro dolor. Y un personaje de *Esperando a Godot* afirmaba: *el aire está lleno de nuestros chillidos*. La contemplación desgarradora del dolor lleva a esta pregunta sobre la legitimidad de la felicidad. El aserto de Camus de que es vergonzoso ser feliz uno solo se mueve en la misma dirección, al parecer, que el personaje de la obra *La buena persona de Sezuan* de Brecht. Ciertamente Horacio encuentra una vía media que haga posible la pequeña felicidad de los humanos y el terrible drama del dolor en *Carm* II, 3, 1 y ss: *Aequam memento rebus in arduis / servare mentem, non secus in bonis / ab insolenti temperatam / laetitia, moriture Delli*. Sólo la alegría será ilícita y vergonzosa, cuando ella mediante su insolencia y narcisismo coadyuve a incrementar el sufrir de los humanos.

<sup>15</sup> Del poema *Mi propiedad*

salvación Ellos tienen la palabra perdurable: *Sé tú, canción, mi amable asilo, / tú que feliz me haces cultivado con cuidadoso amor, / sé el jardín donde vivo con sencillez, ingenuo / y seguro, vagando / entre jóvenes flores*, encuentra así, en la estrofa siguiente de *Mi propiedad*, la respuesta en su aficción Holderlin

El canto salvador del poeta brota de la entraña de una Revelación que se encarna en el dolor insondable, que como tal no admite excusa, pero ese sufrimiento agudo lo es mucho más, nada ahorra el Dios a sus elegidos, porque en cierta manera el ser querido está implicado en su culpa. Tibulo quisiera cerrar los ojos, decir no, pero sería una cobardía: él no ha sido puesto en la tierra para dibujar un mundo de fantasía al dictado de su capricho. él descubre en la hora amarga de las culpas de la «puella innominata», Delia, Némesis, que él es horizonte de salvación, que en cierta manera le toca a él poner al descubierto y asumir la culpa de sus amantes. Nada hay más duro, más cruel que contemplar amorosamente la culpa que nos hiere y desconcierta porque viene de lo impensable. Y es justamente en este envite donde se calibra no otra cosa sino la razón misma de la existencia de Tibulo: es en este quedar enamorado sin amor donde aún puede resonar más verdadera la palabra de amor dirigida a la amante: palabra que en Tibulo, conviene insistir, ha sido vacía de respuesta, burlada, escarnecida. No ha habido esa elegancia conmovedora de quien no puede entregar la respuesta afirmativa, que rehúsa la correspondencia de amor en virtud de ese amor grande, misterio y conflicto, don de lágrimas de los corazones que se salvan así, en medio de la desesperación que la situación procura: *Es muy bonito que se le propongan a una y todas esas cosas, pero no es para nada una cosa alegre, cuando tú ves a un pobre tipo, que sabes te ama honestamente, alejarse, viéndose todo descorazonado, y sabiendo tú que, no importa lo que pueda decir en esos momentos, te estás alejando para siempre de su vida* (Lucy a Mina en *Drácula* de Stoker, carta del 24 de mayo). He aquí un tipo de culpa que desgarrar el corazón de los hombres. ¿Quién no ha sentido en su carne esta culpa en nombre del amor más alto y piadoso, de esa comunión tan honda que devuelve al ser indigente a su soledad en el profundo respeto que tal heroicidad callada suscita y que, afortunadamente, ningún recurso psicológico o moral podrá contestar convincentemente? Es la culpa irremediable que engendra un dolor y es la afligida confesión de una imposibilidad, de una indignidad, pero esa instalación de dolor tiene una profunda nobleza que hay que saber entender y hay que aprender a leer en el corazón emocionado entre sollozos de imposibles que inauguran una esperanza para el Más allá: ¿Quién puede creer en la insuficiencia del planteamiento teológico de la culpa?

El peso del quedarse solo (herencia de la mujer —dice Claudel—, recordemos) es algo que se hace a cada instante más insoportable. Las horas perdidas se graban en la memoria como huida, agolpando recuerdos. ¿Y el

paisaje santo que cobijaba a los amantes? Paisaje nacido para la mirada de dos en compañía que ahora ha quedado truncado, porque la amante no está. Los amantes se van, las manos vacías el uno del otro y el lago de la vida en el que quisieron mirarse ya no los reflejará por siempre jamás. No es baladí la colocación del II, 1 Allí se reencuentra, tras la ruptura, con el paisaje sin Delia El paisaje sagrado de la fiesta, morada de los dioses que escuchan a las chicas en flor y a los hombres de vuelta del trabajo Así descubre Tibulo, y nosotros en él, que no hay división entre lo sagrado y lo profano, sino que la divisoria dramáticamente corre por otra dimensión entre lo sagrado y lo profanado Y recomponer lo sagrado aquí y ahora es lo que se pide al poeta que es ante quien se despliega «la estrella matutina de una curación y de una reconciliación, aunque esa luz, que significa Vida, está muy lejos, tan lejos como la orilla para un nadador fatigado Esa lejanía tiene una medida de tiempo La lejanía es lo futuro, lo no alcanzado todavía y este «todavía no» es tanto duración como sufrimiento» Estas palabras de Buytendijk<sup>16</sup> nos dicen muy en lo hondo el drama personal de cada uno es así como el canto del solitario poeta se hace mansión común e irrumpe el tiempo de lo posible el canto del poeta, nacido de un dolor no narcisista que se queda anclado en el egoísmo del corazón que sólo sabe querer momentos favorables, que no cree su dolor el más absoluto e incurable, independientemente de que probablemente lo sea Es así como el poeta comprende la dimensión de su quehacer santo buscar las huellas del Dios que marcha, pero su palabra es sólo verificación del Verbo y el Verbo de Dios está clavado La unión mística del sufrimiento (Goethe, Williams<sup>17</sup>) cobra aquí, al tornaluz del paisaje herido de ausencia de Delia, ese cobijo salvador de quien no trunca su amargura en condena Tibulo descubre en la marcha de Delia que él es un horizonte de sentido Es verdad y conviene señalarlo que el amor como dolor y tortura está allí presente, terriblemente presente contemplar la fiesta en desamparo total, sin mirada que buscar desde nuestra mirada, con la mano vacía sin talle que rodear, sin la infinita 'suposición de las cabezas', es la tortura que amenaza romper el sosiego *A miseri, quos hic gauanter deus urget / at ille felix, cui placidus leniter adflat amor*<sup>18</sup> y decirlo así desde la entraña rota, revela la originaria nobleza del corazón amante que encuentra su sosiego en la contemplación de la ofrenda, e igualmente su ensueño imposible de realidad es promesa y deseo de felicidad para Cornuto *Auguror uxoris fides optabis amores* (II, 2, 10) y *Utinam strepitantibus aduolet alis / flauaque conungio uncula portet amor / uncula quae maneant semper*<sup>19</sup> Es de nuevo el milagro de la

<sup>16</sup> *La psicología de la novela*, ed C Lohle, pp 84-85

<sup>17</sup> Tenemos en el recuerdo ciertos pasajes de *Werther* y *La noche de la iguana*, respectivamente

<sup>18</sup> Tib II, 1, 79-80

<sup>19</sup> Tib II, 2, 17 y ss

inversión la culpa de los amantes que no desean querer, que rehúsan el afecto urgido de contestación, propicia el deseo de felicidad de los demás. El poeta tiene el recuerdo de las horas felices y eso es mucho más de lo que se podría esperar porque esos recuerdos son promesas de vida<sup>20</sup>

Horizonte, pues, del tiempo de la salvación. algo importante late aquí es la prueba o la apuesta decisiva de un cariño que quiso ser prenda de eternidad. Que sin duda alguna lo será por cuanto hemos decir luego Pero ahora es preciso saber qué es la vida sin amor, no tanto en su dimensión de tal, sino como producto de una ausencia que es ya culpa En II, 3, 9 se afirma *Ferrea non Venerem sed praedam saecula laudant* los tiempos impíos, masequibles para la ternura propician la violencia del corazón sólo que en medio de esa complicidad la soledad pesa como una losa y por ello el poeta siente su absurdo, el vacío de la muchacha *Quid tyrio recubare toro sine amore secundo / prodest, cum fletu nox uigilanda uenit*<sup>21</sup> Tristeza honda ya que la amante agota en otros brazos el beso infatigable de la noche que salva Pero los hombres, los de la edad de huerro, que protagonizamos, hemos endurecido hasta el extremo el alma, vivimos con exceso de impiedad y ninguno de nosotros propicia, mediante la palabra verdadera, el encuentro del amor, todos nos sentimos guarecidos de la intemperie de la mirada que nos devuelve el sentido en esta forma impía de existencia del «se», y nos molestan los aldabonazos del *Odi profanum uolgus et arceo* y el *malignum / spernere uolgus* horacianos y *el gusta a la multitud lo que sirve al mercado y el esclavo únicamente honra al poderoso, en lo divino sólo creen aquellos que lo son* de Holderlin, y *a aquellos siervos que nos han maniatado* de Rilke Ninguna amonestación nos afecta, la alejamos con palabra dura también Pero esa invitación a salir de nosotros mismos, que nos invoca a la existencia auténtica significa en su rechazo, y aclara por fin, el hecho de que la mirada del otro sea el infierno Sólo entendemos un lenguaje de odio y desamor Y así, imposible de surgir el orden armónico de la dialéctica amorosa, el hombre vive la guerra dentro y fuera de su propio corazón Y como en los tiempos antiguos Dike, Piedad ha emigrado hoy de entre nosotros Rechazada violentamente, mofada, reducida a una palabra sin respuesta busca albergarse en el corazón humano Y ella será la dadora de lágrimas, tarde tal vez para la felicidad de los amantes, pero aún en sazón para regenerar el corazón No en vano Tibulo profetiza a Delia su bajada del último lecho, cuando la pira queme el cuerpo del poeta: *Flebis, non tua, sunt duro praecordia ferro / uncta, nec in tenero stat tibi corpore silix*<sup>22</sup> Es ahora en este pasaje de la felicidad, cuando el poeta arrostra sobre sí

<sup>20</sup> Recuérdese el paralelismo de contemplación que supone este pasaje de la vida de Tibulo con el semejante de Catulo en el poema dirigido a Septimio

<sup>21</sup> Tib I, 2, 75-76

<sup>22</sup> Tib I, 1, 63-64

la condena de la gente que no entiende la estancia del querer (*te cum, / dum modo sim, quaero regnis inersque uocer*)<sup>23</sup> entendemos por fin lo que es el amor y la personalidad suscitadora de Tibulo Tibulo es como el príncipe Muickin. «'el idiota', que es el ser humano torpe, ingenuo, pueril y al mismo tiempo plenamente desarrollado, lleno de amor compasivo»<sup>24</sup> He aquí reflejada en pocas palabras la postura existencial de Tibulo: torpe para retener a la mujer amada, ingenuo y pueril está dispuesto a creer, en el primer momento de oportunidad, que la niña amada es buena, que está, todo lo más, molesta por alguna inconveniencia que Tibulo haya dicho y para suavizar el dolor de la amada asume sobre sí la responsabilidad. *Et mala si qua tibi dixit dementia nostra / ignoscas capiti sint precor illa meo*<sup>25</sup>. Pero también lleno de un amor que por encima de culpas y ausencias entrevé la audacia de la apuesta «Donde no hay amor, poned amor y encontraréis amor» No es que Tibulo cierre los ojos ante la culpa, no es que esté dispuesto en su ceguera a comulgar ruedas de molino: no es que en su corazón sensible y misericordioso ha aprendido que la apuesta del amor es apuesta para la muerte y para el más allá. Yo no puedo morir si hay un tú, pero si un tú se debate en su elección equivocada, si busca estrellarse en desesperación contra la muerte, el poeta que sabe de sí y del mundo, de ti y de mí, de la angustia toda, opta en última instancia (que es la primera) por ti y por mí, apuesta en el amor. La proyección hacia la muerte del amor feliz fugazmente de I, 1, 59 y ss: *te spectem, suprema mihi cum uenerit hora, / te teneam moriens deficiente manu*, nos da la imagen verdadera de lo que el cariño (*communitio amoris*) es, es un *Sein zum Tode*, un ser para la muerte. La pareja que se une, instaura un modo de ser nuevo, que ha de contar con la muerte como el sustento y la base del encuentro sagrado. Riposati ha delineado algo de esto para el matrimonio cristiano. Y Tibulo lo ha vislumbrado, al traer la cercanía de la muerte en el instante de la felicidad. Acaso, tomando con ternura la mano de Delia, ha visto en revelación la hora última y ha descubierto con temblor que aquélla era irremediablemente la postrera. Tibulo ha entendido mejor que juristas y moralistas la esencia irrenunciable del amor surgido en el conocimiento que la palabra amante engendra.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> Tib I, 1, 58

<sup>24</sup> Buytendijk, *o c*, p 68

<sup>25</sup> Tib I, 2, 11-12

<sup>26</sup> El hecho de que la unión de los amantes sea eterna viene dado precisamente de que al durar en el tiempo y estar vocada a la muerte del tú como si fuera la mía propia, da a los así unidos un límite que es su finar con la muerte. De ello se infiere que se trata de algo ontico, tal como se desprende de este tipo de unión. De ahí también se deduce que la unión de por siempre es un ejercicio de libertad por cuanto devuelve el finar más propio, presentando en el otro y en su diferencia el límite que somos, al tiempo que guarda ese dulce trascender que el aspecto fenomenológico de la mujer sugiere. Si la unión de los amantes no tuviera como desenlace, que es el corolario de su misma originalidad, la muerte, no sería ya ejercicio de libertad. Precisamente, repetimos, otorgar el límite es la manifestación de su

Y nos vamos acercando al momento cumbre de la culpa, allí, cuando ella se hace realidad irreversible, carne en el cuerpo tan amado de las mujeres que soñó, horizonte y reposo, lejanía de muerte, proximidad de eternidad. Y lo será, si ante esta provocación el amor, sale incólume Tibulo sabe bien del amor *Et mihi, quam doctas nunc habet ille manus!* (II, 1, 70), pero, y en esta hora, cuando la maldad de la niña amada aparece a la intemperie, ¿no podría Tibulo, en su innegable herida, restablecer la justicia de un empate, declinando, mediante una objetivación, la pasión que le embarga, retirándola del objeto amado, que no la merece? Se ha dicho que el error de Tibulo fue fijar los ojos en Delia, pero permítanme invertir la proporción, el error de Delia fue el no aceptar la mirada dulce del amante

La «puella innominata», acaso Glicera, se distancia mediante la falta Horacio se conmovió y dirigirá un billete sencillo, levemente humorista, el célebre *ne doleas*, interpretado siempre como consuelo del venusino a Tibulo Sólo Ciaffi ha invertido la proporción<sup>27</sup> En su sorprendente giro, sería Tibulo el consolador de Horacio por la huida de Glicera del amor del autor del *carpe diem* Si la interpretación de Ciaffi es la correcta, aunque desautorizada por la opinión de la mayoría (alguno tan ilustre como la de L. Pepe)<sup>28</sup>, uno siente que la sangre se para Se nos da la imagen de un Tibulo sufriente en silencio Pero a pesar de todo no hay un juicio negativo sobre la mujer en general, ni en particular El corazón de Tibulo es demasiado bueno y la mujer demasiado hermosa como para ir hacia el cómodo exabrupto, quede ello para las formas inferiores de la comedia, la sátira y el epigrama, formas literarias de dudoso gusto siempre y no por razones moralizadoras, por supuesto Pero recojamos de nuevo el pequeño drama de la «puella innominata» Como un díptico III, 19 y III, 20 nos hablan del amor y la culpa respectivamente En la primera composición tenemos los rasgos de una pasión, que por exclusiva es verdadera (otra cosa es averiguar si todo esto ha sucedido realmente, cosa que ahora no nos interesa lo más mínimo, pues de lo que no hay duda es de que Tibulo habla la verdad, como profeta del Amor que es, aunque ello puede doler a los profesionales de la ortodoxia y la perfección<sup>29</sup>) Amor único

íntima libertad, dado que somos libres únicamente cuando reconocemos lo que somos, nuestra finitud

<sup>27</sup> «Il memor *immitis Glyceræ* non poggia sul *debeas*, ma sul *ne*, il senso della frase» non risulta «Albio, cerca di non soffrire esageratamente per la spietata Glicera», ma invece «memore di quel che me ha fatto la spietata Glicera, cerca, Albio, di non soffrire esageratamente», en *Lettura di Tibullo*, Chiantore, Turín, 1944, pp 183-84 Tal línea de compasión no desentona de la psicología de Tibulo, tal como nos la autoriza a considerar su poesía Muy complicada es la cuestión de la personalidad y cronología de Glicera. Aquí seguimos el esquema de Rostagni

<sup>28</sup> En *Tibullo minore*, Armanni, Napoles, 1948, pp 81-82

<sup>29</sup> No queremos insistir sobre este punto realidad y verdad en la poesía, ya que ha sido abordado en «Liberación y angustia de la palabra en Catulo», *Cuadernos de Filología Clásica*, IX, Madrid, 1975, pp 213-229, pero si decir, aun de pasada, que

que nadie podrá romper, ninguna chica es ya bella a los ojos del poeta y ella ha de estar siempre bella para él, aunque sea al precio de desagradar a los otros (no está tan lejos Tertuliano de esta profesión de amor y belleza únicas y exclusivas) Tibulo como sabio que es, busca la mujer, no objeto de presunción, sino compañera, bella, silenciosa en su palabra creadora de mundos insospechados y sabe guardar sin herir, sin ser herido tampoco, el gozo en su corazón Habrá un lugar para el amor (es bien sabido que tener un lugar es el equivalente a tener amor<sup>29bis</sup>) allá en el lugar recóndito del bosque, aún sin profanar descanso del penar diario, luz en la noche de la existencia, *In solis tu mihi turba locis*<sup>30</sup>, la «puella innominata» se alza como el mundo entero porque ella es la dadora de sentido (un poco en el sentido de Kierkegaard y Buytendijk), y ante eso todo se repliega Y el juramento de entrega total sale de su boca enamorada Pero el temor al fracaso, a la burla sigue inmediatamente Glicera satisfecha dominará sin piedad, la muchacha engreída en su fácil victoria (y sin embargo cuánto desprendimiento hay, por el contrario, en esas donaciones para siempre, cuánta generosidad en darse sin condiciones, al precio de una derrota íntima, y cuánto dolor al comprobar que la amante ni siquiera lo sospecha) Pero una vez realizado el juramento él aceptará sus consecuencias, sin huir al cómodo expediente del 'no sabía qué era lo que hacía' que nuestra cobardía e impiedad quiere hacer circular en nuestra hora como autenticidad de conducta Se trata de un amor total, sin condiciones, que brota del alma herida de la belleza de la mujer Y ante eso, ante esta humillación costosa y débil, cuál es la contestación El bellissimo epigrama III, 20 (epigrama desde el punto de vista formal), billete amargo de desilusión rota *Rumor ait crebro nostram peccare puellam / nunc ego me surdis auribus esse uelim / crimina non haec sunt nostro sine facta dolore / quid miserum torques, rumor acerbe?* *Tace* En estos bellísimos cuatro versos la maledicencia enseñorea y quebranta la unión de los amantes, se afirma que *nostram puellam peccare*, y el amante, aislado sin sentido (*ego* frente a *nostram*), quisiera ser sordo, porque ello atenta contra algo sagrado, al precio del *nostro dolore*, pero toda tentativa será fútil, al final él solo, aislado, desgraciado, dirige un imperativo *rumor acerba? tace*, que es una amarga «Ringkomposition» de ideas encontradas Pero en todo caso como hay una decidida voluntad

nada nos impide creer que lo dicho por Tibulo en su poesía sea verdad, aunque puedan producirse dudas sobre si todo lo por él afirmado sea realidad Tampoco hace falta llegar al extremo que sugiere Baca en «The role of Delia and Nemesis in the Corpus Tibullianum», *Emerita*, XXXVI, fasc I, Madrid, 1958, pp 49-56 Para las relaciones entre Tibulo y Delia, partiendo de un análisis sobre el vínculo que unía a Delia con su «*uir*» cf Copley, *Exclusus amator*, Madison, 1956

<sup>29bis</sup> «Como ya lo ha demostrado P Tournier, la ausencia de un lugar, simboliza la ausencia de amor», J Sarano, *La soledad humana*, trad española, Sígueme, Salamanca, 1970, pp 52-53 y nota Compárese con Rilke *No tengo ni amada ni casa, / no tengo sitio donde habito*

<sup>30</sup> Tib III, 19, 12

de que la luz menos favorable no ilumine a la muchacha, hay una como objetivación, que no es tanto la exención de una pena o castigo, un expediente de justificación en la calumnia, como un deseo de desplazar esa culpa mediante la objetivación para que el corazón pueda albergar la reconciliación. En un comentario de clase un alumno me daba la pauta para entender el texto, él afirmaba cómo a los ojos de Tibulo Glicera no había pecado, sino que era la maledicencia la que tal afirmaba. Tibulo rehuía ser juez. Ciertamente el alumno tenía razón. Queda aquí testimonio de mi deuda. El tiempo ha pasado y yo he corregido la visión que entonces tenía. Antes me habría quedado en el cerrar los ojos de Tibulo ante la culpa, entonces no entendía el por qué, ahora invirtiendo la proporción, encuentro en esa calumnia que Tibulo no desmiente, sino que pide calle, la aceptación del poeta de la culpa de la amada pero no la acusa. Él es amante. Deja que todo quede fuera, no como algo inevitable, no como algo que no toca el corazón de la chica, sino como esa objetivación que ayuda a extraer esa maldad que portamos desde nuestra existencia. Esa objetivación es la muerte como consecuencia. Pero esa muerte es la moneda de la salvación. Así nos lo enseña el niño de *La otra vuelta de tuerca* de James. Aquí es un amor puro el que desaparece de la faz y la paz de la tierra. Ni una sola palabra dura o condenatoria hay para Glicera, y el daño causado por Glicera es mucho. Para comprobarlo basta meditar en el corazón las dos composiciones. El mundo para Tibulo ha quedado roto en añicos, añicos de ilusiones muertas en flor, añicos de Glicera, que no entiende nada y camina locamente a su perdición. Añicos que si se quieren recomponer será con las lágrimas de quien asume ahora su primera estación dolorosa en la implantación del reino del amor. Pero el elegido no tendrá ni tan siquiera el recuerdo para repasar dolores incontables, el elegido ha de beber aún otra vez de nuevo el cáliz de las ilusiones breves de la primavera que no dura. Y en su horizonte para salvarla también, surge Delia, la inspiradora de un amor maduro para el asiento de lo sagrado. Paisaje de mito para el amor hecho mito, vale decir palabra mstauradora. En su radiante belleza, Delia hace visible la juvenilidad de la mujer. En su pie desnudo, en su cabello suelto, en su solicitud para con todos, ella es la morada de la paz y el sosiego de los dioses. Ante ella Tibulo experimentará la mística del amor, en el fondo de la aparición de Delia, algo terrible ha descubierto el poeta. A la vida de desconsuelo y desamparo, ante la indigencia existencial, Dios le suscita algo que él nunca habría soñado, *at tuet in tota me nihil esse domo*<sup>31</sup>. He aquí expre-

<sup>31</sup> Tib I, 4, 30. La expresión de humillación y anonadamiento no deja lugar a dudas. Pero ese anonadamiento es también recuperación de sí, por cuanto está dirigido a la muchacha en su carga nummica. La expresión se revela aquí sacral, en la medida en que este deseo de ser nada viene dado al corazón del poeta por la contemplación amorosa y la dulce imposición de la mujer, sosiego de Dios y de las cosas. En cierta medida recordamos aquí los versos finales de la Rima 53 de G. A. Bécquer en los que se detecta los movimientos propios del sentimiento de criatura, el enmu-

sado el sentimiento de criatura, ese anonadarse ante la amada, que impone dulcemente su cuerpo referido a la trascendencia, como la madre que vence los fantasmas de la noche, o la mujer, esposa amante que inventa una sonrisa postrera que hace conciliar el sueño imposible de mil penas. Es un llenarse del todo ser precisamente nada, porque esa nada es sumergirse en la hondura amante de la mujer, es mirar en ella, estar al acecho del Dios que viene. Pero Tibulo que sabe de lo hondo y de lo humano divinizado, en cierta medida, sabe que esa verdad que a él se le confiere ha de incardinarse en una realidad llamada Delia. Él ha de verificarla, vale decir hacerla verdadera. Hay una garantía pese a todo. Ese pesar es el reconocimiento del alcance de la realidad (I, 5, 35) *Haec mihi fugebam, quae nunc Eurisque Notisque / iactat adoratos uota per Armenios*, que Tibulo haya buscado desvío o distracción se sugiere en su acogerse a la bebida trocada en lágrimas y ha buscado cobijo en otras, pero todo ello es inútil y en esa huida ha sido corregido por Venus, recordándole a la amada, esa amada que insinúa en su traición cotidiana la ruptura definitiva. Cuando se encuentra a disgusto, cuando se le aparece ridícula toda su postura en esa huida, cuando la bebida y las otras mujeres (probablemente chisé literario) se le revelan absurdas, a través de la maledicencia y el ridículo, descubre cuál es su sino, el rostro de la bien amada, los brazos delicados y la cabellera rubia, de reflejos acaso imposibles de memoria. He aquí la suerte de su encantamiento, encantamiento que no viene de las fuerzas ocultas de la brujería, sino de su vocación amante y de la belleza absoluta de la muchacha. Y la Divinidad está con él, en ese recuerdo que es desamparo y compañía a la vez. Pero la ruptura se hace inevitable, el rival ha ganado la partida. Tibulo soñaba y en soñando hacía la apuesta, pero otros que no entienden, que no saben amar ni temblar ante la belleza de la mujer, acaparan el éxito. Delia miente, Tibulo quisiera creerla, pese a la evidencia, pero *credere durum est*<sup>32</sup>, creer, confiar es duro y difícil (todo lo patético se ilumina, si se tiene en cuenta el significado etimológico de *credo*), no tanto en el sentido de que la mentira de Delia se haga la verdad, sino de que esa verdad (la verdad de su ilusión) pueda convertirse en un pálido fantasma. Otra vez el amor ha de ser salvado del envite de la culpa hipócrita de quien expulsa de sí la piedad. Nada va a conmover a Delia en la derrota del amante. Y la ironía sube de tono. lo que él le ha enseñado para bien amar, Delia con insólita dureza de corazón lo emplea en contra de Tibulo: la enemiga le viene a Tibulo de su propio amor, de ese incansable creer en la muchacha (como antes en la «puella innominata»). Y él, ironizador de su propio destino, a través

---

decimiento, el quedar absorto, la postración de rodillas. Aquí, en Tibulo, no es tan detallado el proceso, sin embargo la afirmación *nihil esse*, jugando contrapuesta a la fuerza semántica de *uuat*, no deja lugar a dudas sobre el sentimiento del poeta, que se resume en júbilo.

<sup>32</sup> Tib. I, 6, 7

del absurdo pederasta en el ciclo de Marato<sup>33</sup>, encuentra aquí de nuevo roto en mil pedazos su mundo otra vez. Pero ¡ay! todo dolor es poco, aún le queda beber la copa más amarga. En la composición de despedida hay una patética súplica al rival (I, 6, 18) *neue cubet laxo pectus aperta sinu*. Sorprendente recomendación en la obra del adiós. Y, no obstante, para entender el problema de la culpa en Tibulo, hemos de detenernos un momento. ¿Por qué este ruego? Recordemos dos momentos ya mencionados, uno lo dicho del cuerpo de la mujer como aparición desde lo profundo de las cosas, su fenomenología sosegadora se incardina inmediatamente en la sospecha de un significado más profundo (es en esta sospecha donde la fenomenología se libera del positivismo inmanente, pues ella la trasciende), la segunda cosa que hay que recordar se ha dicho **hace un momento**, el mundo roto de Tibulo. ¿Pero dónde se ha quebrado? En Delia, la figura santa que él ha soñado no ha existido más que en su imaginación, todo ha sido un sueño cuyo despertar es la pesadilla que ahora hay que vivir. por primera vez despertar no es una liberación. A Buytendijk<sup>34</sup> debemos la siguiente aclaración: «el pecho femenino es la suavidad y dulzura manifestándose exteriormente, el «corazón» femenino en su cordialidad maternal». Y eso han significado en la sacralidad corporal que Delia suscita para Tibulo, los senos de la amada y ahora cuál es su comprobación, que todo aquello que él ha interpretado en el sentido verdadero, que él ha contemplado con amor y veneración que procedía de esa significación profundamente misteriosa que el pecho de la mujer tiene, ese descansar sereno sobre sí misma, esa significación de amparo tremendamente débil y fuerte a la vez, ha sido violada por Delia misma y ante la sospecha de una mirada torpe que profane lo sagrado que Tibulo, entre lágrimas, guarda en sus ojos, suplica esa precaución. Y es que ahora entendemos: el mundo hecho añicos no es el producto de una incompreensión, de un malentendido. La lectura del mundo de Tibulo, realizada en la caligrafía corpóreo-espiritual de la mujer, se ha quebrado en ella misma.

---

<sup>33</sup> En este sentido abundamos en la opinión de Alfonsi, quien ve en este ciclo la función estructural de una ironía. De cualquier forma, la consideración elevada que la mujer tiene a los ojos de Tibulo nace de su aceptación de la dialéctica de lo diferente y desde esta perspectiva, la mujer querida como lo otro en su diferencia que engendra pavor, se hace difícil de conjugar con una realidad homosexual, al menos estable. El reciente y muy ponderado trabajo de Lévy-Valensi, *Le grand désarroi aux racines de l'enigme homosexuelle*, Éditions Universitaires, París, 1973 contempla el fenómeno homosexual como posible gracias a la negación de lo diferente y un repliegue sobre lo conocido que no entraña riesgo. Por eso, precisamente por la aceptación de la mujer en su diferencia, declinamos una verosimilitud al ciclo de Marato.

<sup>34</sup> *La mujer, naturaleza, apariencia, existencia*. Selecta de Rev. de Occidente, Madrid, 1970<sup>3</sup>, p. 198. Su misma apariencia dice de su dirección al mundo y su dulce replegarse sobre sí mismo sin aristas sosegadamente, como expresión de la dialéctica trascendencia e inmanencia que en la mujer tiene una expresión morfológica en su cuerpo.

La congoja del desamparo que viene de la profanación es ahora el envite que la culpa propone al amor

Pero aún hay más, en torno de Delia y el poeta hay otros que gimen y Tibulo volverá hacia ellos la mirada. Delia surge inevitable en su culpa. Hay un castigo cierto para Delia que el poeta quiere olvidar: *et tibi nescio quas dixit, mea Delia, poenas*<sup>35</sup>, pero, al tiempo, ese castigo tendrá algo de reparador y el poeta quiere estar de alguna manera allí: el pentámetro dice: *Si tamen admittas, sit precor illa leuis*<sup>36</sup>, así humanamente, el deseo de que el castigo que ha de sufrir, si inevitable por justo, conozca una templanza, una medida. La proporción debe ser eso y nada más. Acaso pensar que la niña llorará quebra el alma del poeta sensible al gemido femenino. Pero Tibulo no debe ir más allá. Ha de dejar a Delia dolorosamente en su culpa, a ella la bien amada, Tibulo no puede, ni debe ahorrarle tampoco la consciencia de su propia falta, que se alza muro rompedor entre los dos. Por eso, Delia aparece así en la luz desfavorable: *Non ego te propter parco tibi, sed tua mater / me mouet atque iras aurea uncut anus / Haec mihi te adducit tenebris multoque timore / coniungit nostras clam taciturna manus / haec foribusque manet noctu me adfixa proculque / cognoscit strepitus me uemente pedum / Vixue diu mihi, dulcis anus, proprios ego tecum, / sit modo fas, annos contribuisse uelim / Te semper natamque tuam propter amabo / quidquid agit, sanguis est tamen illa tuus*<sup>37</sup>

La madre anciana es el polo sufriente y callado del drama. Delia no será perdonada por ella misma. Sólo la presencia de la madre exige excederse. Quizá seducidos del juego de ambas prolepsis que desplazan (*te propter*) el drama entre hija y madre, no hemos caído en la cuenta de las últimas palabras que dan la clave. Tiene razón Alfonsi cuando afirma que Tibulo ha de perdonar por la presencia de la madre<sup>38</sup>. La madre ampara a la hija, incluso en esta hora de la renunciación, del cierre de todo un mundo, insistimos, quebrado en lo más misteriosamente significativo de la ternura dimitida del cuerpo en la muchacha. Pero es que hay más, del reino del perdón: *non ego te propter parco tibi* —puede ser, no lo negamos un rehusar primero el perdón, pero en su negatividad se revela quizás la insuficiencia—, hemos pasado al del amor: *semper natam amabo*

<sup>35</sup> Tib I, 6, 55

<sup>36</sup> Tib I, 6, 56

<sup>37</sup> Tib I, 6, 57 y ss. Conviene señalar aquí que en la ruptura total del mundo que supone la lejanía de Delia se incardinan de alguna manera la futilidad y la mentira de la piedad de la muchacha. Hemos visto cómo Tibulo no puede morir porque Delia está rezando, hemos leído a Holderlin y su alabanza a la mujer piadosa. En Delia se unían su apariencia amable y su piedad, ¿qué queda ahora?

<sup>38</sup> «Insomma nella 6ª elegia del I libro Tibulo perdona a Delia per amore di sua madre, nella 6ª del II Nemesis viceversa deve amare Tibullo per amore di una sorella», L. Alfonsi, *Albio Tibullo e gli autori del «Corpus Tibullanum»*, Soc editrice Vita e Pensiero, Milán, 1946, p. 33

Y eso es mucho más de lo que podría esperarse Tibulo comprende ya lo que su amor exige. El riesgo de erigirse amante en la hora imposible. Cuando la ilusión de Delia ya no brillará, mediante la apuesta del amor, crea Tibulo el horizonte de salvación. El exceso de dolor se trueca así en exceso de amor. Estamos hechos para soportar el exceso y ello ya es una manera de superarlo. La débil y afligida persona de Tibulo canta su amor que ha de predicarse, no importa en qué situaciones. Saber que alguien sufre, si uno se va con la cara hosca y el gesto de violencia sin contener, con la maldición, acaso justa, en la boca (en aquella boca que decía amor y promesas de amor para la vida) ha bastado a Tibulo para corregirse y entrañando el drama de la madre que acaso en su mirada pide lo que su palabra sería incapaz. Pero su amor tenía que calibrarse ante la ocasión que se propicia, aquí se medirá si su amor, entraña de eternidad, era auténtico y no sólo revelación del instante, halago del sentido, pasión narcisista de quien se contempla a sí mismo, objeto de piedad. Apostó Tibulo por el amor y en esa apuesta, perdía probablemente a Delia para siempre (el hombre está dispuesto a perdonarlo todo, menos la proposición de amor) pero ganará en otra dimensión a Delia que encontrará, cuando lo busque, el tiempo de salvación albergado en esta palabra difícil de decir en la hora de la congoja, ese horizonte de redención que aquel amor tan puro, ahora muerto, quiso propiciar. Ni una sola palabra de condena, ni un reproche airado al final el amor lo vence todo, la dureza, lógicamente humana, se desborda en la autenticidad del corazón amante. Y a esa apuesta nos acogemos ahora todos, pues con esa pérdida Tibulo en su aflicción instauraba la primera morada de amor para los hombres. Y por ello en la despedida del poeta se irá eclipsando de su presencia. *Et mihi sint durae leges*<sup>39</sup> y poco a poco un tiempo nuevo se abre para los amantes (*sed mente fidei / mutuus absentem te mihi seruet amor*<sup>40</sup>). Y vuelve, no obstante, la maldición que cae sobre la amante infiel. Pero todo eso es ahora una pesadilla que se disipa, al final: *haec alius maledicta cadant nos, Delia, amoris / exemplum cana simus uterque coma*<sup>41</sup>. No es una huida a la fantasía, una impotencia del espíritu, por ensoñador, incapaz de reconciliación con la realidad, es la consecuencia más propia de esa apuesta, de ese reinado del amor, es la disolución de las horas sin sentido en el instante instaurado. El perdón es insuficiente, por cuanto la culpa no era el final sino el principio de una comprensión más honda. Al precio del sarcasmo Tibulo salva su amor y con él a Delia y con ella a todos los que nos obstinamos en encarnarnos en la culpa cotidiana de nuestras recusaciones. Tibulo en la hora del adiós no ha dimitido de nada de lo que Delia procuraba (*non saeva recuso / verbera*<sup>42</sup>), por eso se ha

<sup>39</sup> Tib I, 6, 69

<sup>40</sup> Tib I, 6, 75 y 76

<sup>41</sup> Tib I, 6, 85-86

<sup>42</sup> Tib I, 6, 37-38

adentrado, sin rebajar en punto ninguno, la terrible culpa de Delia, pero en su corazón roto ha encontrado la fuerza salvadora del amor. He aquí la conquista dura y amarga de Tibulo: el mundo sufriente de los inocentes propicia la instauración del amor, que no perdona en estricta aplicación de justicia, sino que busca desbordarse en cariño. Y así la palabra poética comprende, aunque no sea comprendida. Las insuficiencias son esos vacíos en nuestra onticidad que las culpas acarrearán, por ello engendran dolor en los demás. Un principio ético, irrebutable, fuente y manantial de nuestro estar en el mundo ahora y aquí, impulsa nuestra actuación y ante ese impulso, retomado por la palabra, calibramos nuestra conducta. El pietismo psicológico, sociológico y determinista acabará con el hombre al robarle su culpa, la que entiende siempre como efecto de alteraciones extrapersonales y no como causa de un estar equivocado. Y siempre es de dudoso gusto buscar ejemplificaciones patológicas que se disuelven en un azucarado juego de disculpas y exculpaciones, en una especie de «pasi-misá-pasi-misá». Pero aquí hay una seriedad incalculable, la del ser dimitido y eso es tan grave y tan irrecuperable que un Dios hubo de morir. Y aquí el increyente debe en sinceridad de corazón guardar silencio de expectación.

Pero Tibulo no dimitirá de su ser amante. De nuevo es sacado de su dolor y el destino le pide hacerse otra vez horizonte de salvación. Es un amor distinto, menos místico, más descontrolado si se quiere. Ya no hay la ilusión ni el ardor juvenil. Hay como un matiz sombrío de amarga tristeza. El amor de Némesis marca el canto del cisne. La última inspiración llega con ella. *et mihi praecipue, iaceo cum saucus annum / et (faueo morbo cum uiuat ipse dolor) / usque cano Nemesim, sine qua uersus mihi nullus / uerba potest iustos aut reperire pedes*<sup>43</sup>. Aceptación complacida del dolor, de la enfermedad de amor inútil, último asidero antes de la marcha. Muy probablemente Tibulo era una de esas personas incapaces de vivir sin un punto sobre el que cargar toda su afectividad, el alma se le desbordaba y esa aplicación la entendía como una llamada. Ya en la hora sin ilusiones no le importa la facticidad de la respuesta, sino de la donación, gratuita y un tanto, por qué no decirlo, desencantada. Pero en este rasgo (tan bien estudiado por Ciaffi en lo que respecta al paisaje<sup>44</sup>) el poeta se siente tentado de dimitir: *castra peto, ualeatque Venus ualeantque puellae* (II, 6, 9), y hay hasta un dulce renegar: *acer amor, fractas utinam tua tela, sagittas, si licet, extinctas aspiciamque faces*<sup>45</sup>. Claro es que hay una objetivación para el reencuentro con su misión a la luz más propia. Basta leer los versos precedentes para darse cuenta de la falacia de una huida. Al fin y al cabo todo sería más fácil,

<sup>43</sup> Tib II, 5, 109 y ss

<sup>44</sup> O c, pp 11 y ss

<sup>45</sup> Tib II, 6, 15

si in terris erret inermis amor<sup>46</sup>, pero Némesis, con todo, está allí y se alzar  ante él culpable de ingratitud y Tibulo con su universo se irá, se apagará por siempre Tal vez nadie como Némesis merece la marcha sin añoranza, el rompimiento sin nostalgia<sup>47</sup> En los versos del poema 6 del ciclo de Némesis encuentra Tibulo la respuesta, que no es otra que la de la piedad Tal vez Némesis no merezca nada, pero  y la hermanita que hace unos días ha muerto al caer de una ventana? Desde el más allá ella implora a Némesis comprensión para Tibulo, el tímido oferente de flores en su tumba<sup>47bis</sup> Ojalá que las musas no envíen sueños afligidos a Némesis, ni que su hermana tenga que llegarse orilla de su lecho, pues tan dura es la entraña de Némesis, culpa de desamor viva. Y aquí la honda piedad de Tibulo por la culpable: el último y sobrecogedor hallazgo él, con más derecho que nadie a invocar la piedad, en su ayuda la hermana pequeña de Némesis vendría, pero acaso con este recuerdo amargo Tibulo  no est  instaurando un dolor que no es el suyo?,  no est  declinando su misión? por eso, y pese a que Némesis se opone al designio divino y ahí su culpa (*ei mihi, ne vincas, dura puella, deam*<sup>48</sup>) *desino, ne dominae luctus renouentur acerbi / non ego sum tanti, ploret ut illa semel*<sup>49</sup>. El *semel* lo subraya dramáticamente El que ha llorado tantas veces, cree indigno que la indigna lllore una sola vez Y la humillación del amante es la de la persona entera. Habrá un intento de desviar la culpa, la entrometida Frine, porque *ipsa puella bona est*<sup>50</sup>, y en ese desconcierto Tibulo imagina la maldad de Némesis Tampoco habrá aquí condena, habrá un refugiarse en el horizonte que él propicia Y Frine tendrá su castigo justo y merecido. Pero Tibulo calla ya para siempre. No es juez de nadie, ha buscado no disculpar sino exceder la culpa en amor

Y es ese amor el que le ha mantenido en la existencia, cansado de la vida<sup>51</sup>. En la hora postrera del abatimiento Tibulo ha dicho solemnes y estremecedoras palabras: *iam mala finissem Leto, sed credula uitam / spes fouet et fore cras semper aut melius*<sup>52</sup>. Un deseo de concluir con todo, de acabar vida y existencia porque el ser ya no puede más Pero en esta tentación la apuesta del amor ha podido sobre la vana y cr dula

<sup>46</sup> Tib II, 5, 106

<sup>47</sup> Basta leer las elegías a ella consagradas

<sup>47bis</sup> Para la idea contenida en Tib II, 6, 34 *et mea cum muto fata querar cinere*, véase mi artículo citado en la nota 29 y sobre todo, H Bardon, *Propositions sur Catulle*, Coll Latomus, vol 118, Bruselas, 1970, cuyas certeras palabras que iluminan bien la tensión de «hablar a las cenizas muertas» no habían sido tenidas en cuenta en este artículo que ha sido citado Salvo así mi deuda y mi ingratitud También cf. Kirby Flower Smith, *The elegies of Albius Tibulus*, Darmstadt, 1971, p. 485

<sup>48</sup> Tib II, 6, 28

<sup>49</sup> Tib II, 6, 41

<sup>50</sup> Tib II, 6, 44

<sup>51</sup> Un ensayo de cronología a partir de la consideración de auténticas de otras piezas del «corpus» ha sido intentado por L. Pepe en la obra ya citada

<sup>52</sup> Tib II, 6, 19-20

ilusión Hemos aprendido y por la cuenta que nos tiene hemos creído que hay un mañana mejor, que mañana volverá a salir el sol y en esa vana ilusión hemos encontrado la coartada para recusar el instante de dolor y culpa que es la primera conciencia de existencia inalienable Es sólo a través de la reconciliación con el instante avasallador como el hombre entiende su miseria y su finitud, su impotencia frente a esa realidad, pero, en la inversión, esa realidad busca verificarse (hacerse verdadera) en esa finitud y miseria que se reconoce a sí misma en el ser parlante, el del decir más decidir El poeta dice su impotencia y descubre lo penúltimo de su palabra Pero en esa limitación descubre la iluminación que viene de lo alto Un instante, el entendimiento del amor por la criatura siempre agazapada en la inautenticidad que procura y hace su desamor, ha dado sentido a toda su vida. Justo al revés que nosotros, esperamos una vida entera para encontrar un instante.

El perdón y el tiempo de perdón surgen en la contemplación misericordiosa de la culpa Esa misericordia es la concreción del alma amante en derrota que despierta ecos que parecían acallados y aviva imágenes que parecen dormir La culpa nos sitúa ante el otro como una apuesta de amor, amor que ha de respetar ese ser culpable, que ha de dar la dimensión exacta de esa culpa sin pietismo Pero la piedad instala aquí su tienda Decimos que se falta por impaciencia, es decir por falta de compasión Vivimos precipitados porque no sufrimos, y al no sufrir no somos capaces de existencia Por ello reducimos la culpa a una moral o a una alteración que el subconsciente oculta y desvela inoportunamente, a una comedia social y macabra, a un cortés y frío «lo siento» Y sin embargo, la culpa es algo nuestro es la proyección equivocada de nuestro ser, es la elección torpe de onticidad dimitida<sup>53</sup>

Nadie que no se incorpore al coro menesteroso de la culpa, se destacará como existente Se ha dicho, existir es ya una culpa, es una limitación, una finitud, una labilidad y nadie es tan perfecto que no pueda asegurar, que queriéndolo o no, su estar en el mundo no haya tenido un significado engendrador de dolor para los otros Todo aquel que rechaza al otro que viene es reo de culpa ya, cualquiera que decline, por miedo a ser sorprendido en lo íntimo de su desamor, la inquisición del otro es

---

<sup>53</sup> Sobre la diferencia entre arrepentimiento y remordimiento cf B Delfgaauw, *La historia como progreso*, vol II, pp 91 y ss Citamos por la edición en español de la editorial Carlos Lohle que data de 1968 Por el arrepentimiento, que la procura de amor posibilita, yo supero mi falta y me vivo como esperanza, porque reinstauro en mí de nuevo el reino de la posibilidad y por tanto me descubro en mi finitud culpable como el único capaz de regenerarme y reconducir mi vida, en tanto que en el remordimiento, narcisismo de la culpa, me niego en mi relatividad y permanezco obsesionado por mi culpa El arrepentimiento pertenece al mundo auténticamente personal y es signo de vida que constantemente se abre como posibilidad de mi realización más propia

ya culpable, en definitiva somos reos de la palabra "": no en vano el Verbo fue crucificado.

Acallar las culpas, buscar explicaciones psicológicas es un error, es borrar la imagen humana de la faz de la tierra. La culpa nos hace comunitariamente relativos y esa comunidad de culpas en su referencia a ella misma, si no quiere vivir presa de la locura de la enajenación, ha de reconocerse relativa de un Dios amante por encima de nosotros mismos que nos amó como existentes y por tanto como culpables. La culpa nace en la iniquidad de nuestro corazón, en nuestra frustración voluntaria, en nuestra finitud. Habrá desviaciones patológicas, que no vamos a negar, pero que habrá que distinguir de las culpas de nuestra existencia con despliegue de voluntad, que no habrá que interpretar aquí lejos de su significado etimológico, afectivo y efectivo. No será por casualidad el que el amor y la culpa (la culpa es siempre posible por no amar demasiado o por amar demasiado) nos den la imagen positiva y negativa del ser, por cuanto no son realidades de aquí, sino respuestas existenciales, que cada uno porta. No hay ni puede haber una moral de situación, que agazape el ser contra el dictado de su conciencia, y observen que digo conciencia (conocimiento de sí) y no capricho, pero los moralistas a ultranza no los entenderán. Y se obstinarán en buscar culpas, culpables o no, haciendo hincapié en el adjetivo, por ello siempre y como coartadas expondrán esos rígidos esquemas objetivos, y en el largo trecho de la conciencia a la petición de principio siempre habrá un refugio. Se conceptuará culpable y abominable lo que los otros hagan, pero lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer encontrará en la moral de situación justificación y exención totales y así se anula el ser. Se le roba su culpa, se le roba su intimidad y su libertad de despliegue amante e incluso su libertad de reconocer su yerro. Así el hombre dejará de existir y será marioneta de determinismos y finalidades, nunca predicación de sí en el instante. La culpa no es algo que inventaron las religiones, aunque ellas dieron cauce para una expresión relativa de la misma. Pero el hombre está dispuesto a admitir todas las libertades menores con tal de que ellas le libren de la dura carga del ser dimitido. Nadie quiere reconocerse como proyecto.

Y aquí la aportación de Tibulo es nuevamente ejemplar. Antes de que Berta de Suttner grite su abajo las armas, Tibulo ha entonado el suyo. Sin ninguna condena para nadie, aunque a pesar del lamento del poeta, los hombres de la guerra continuemos jugando nuestra macabra partida, piezas negras de muerte y blancas de miedo, y la condena de los 'pacifistas'

---

<sup>54</sup> Por ello, el aborto se revela como la negativa a escuchar la palabra que otro, desde su alteralidad, me dirige e inquiere sobre mi momento de desamor. El terror ante esta pregunta que nos sorprende en nuestra intimidad es la cadena desencadenante del aborto. Lo otro, las razones sociales, médicas o psicológicas son coartadas que el hombre se dirige a sí mismo con la intención de ocultarse a sí mismo su realidad propia.

de corazón emponzoñado se limite a la burla de los que cayeron en el frente por unas ideas cuya efectividad, cuanto menos, se les prometió y no vieron Pero ellos tuvieron el coraje de morir Decimos que Tibulo sin herir a nadie ha condenado la guerra *Qus fuit horrendos primus qui protulit enses? / Quam ferus et uere ferreus ille fuit! / Tum caedes hominum generi, tum proelia nata / et breuior dirae mortis aperta uia est / An nihil ille miser meruit, nos ad mala nostra / uertimus, in saeuas quod dedit ille feras?*<sup>55</sup>.

De nuevo la piedad evita la condenación: alguien muy concreto instauró la violencia, pero acaso es mejor no fijarse tanto en la arqueología y buscar un chivo expiatorio, sino encontrar la culpa en nosotros que hemos empleado en mal lo que él dedicó utensilio de defensa Es aquí en el giro donde se descubre la verdad La verdad de nuestra culpa que es la verdad existencial nuestra que nadie nos podrá arrebatar. Esa que conquistó dolorosamente la palabra antigua para nosotros y la instauró por primera y única, irreversible también, vez en el mundo Si un día la palabra antigua desapareciera, el orbe ya no sería morada de hombres La piedad nos hace vernos culpables Pero a nadie se le escapará aquí la comunidad de culpa. Todos somos culpables Y esa comunidad de culpa, que se desdobra en comunidad de ejemplo (sobre la que ahora trabaja Schoonenberg)<sup>56</sup> ha sido vislumbrada ya por esta doble meditación del amor y la culpa que es la poesía de Tibulo Antes que Dostoyewski en *El sueño del nombre ridículo*, Tibulo ha visto que la irrupción de la culpa, del mal, del dolor y el sufrimiento, se debe no a otra cosa sino a la irrupción de la persona que cada uno es Aceptar esa culpa es aceptar mi existencia. Vivirse como culpa es reconocer mi patética miseria, pero a esa patética miseria que soy la sostiene y le da coherencia la opción más verdadera, si cada instante es asumido, si puedo entender mi vida como unidad se deberá justamente a la opción más radical y verdadera, la posibilidad de la muerte siempre está presente en cada elección mía entre miles una es tomada, las demás obliteradas, y, no obstante, la muerte estuvo presente en toda elección nuestra de cada instante Y siempre la elegimos porque elegimos seguir existiendo Así la muerte se revela salvadora, garantizadora de mí Mi miseria es la existencia finita, chocando siempre Yo me acepto con esa culpa y por ella me incorporo e integro en el mundo que espera ser salvado en esta orilla Hay una culpabilidad fundamental, que arranca de nosotros mismos y esa culpa nos hace sentirnos lanzados en un mundo que no nos quiere, es decir proyecto, pero también proyecto de esperanza, al sentirme invocado a trascenderme en mi incoincidencia

<sup>55</sup> Tib I, X, 1 y ss

<sup>56</sup> *Pecado y Redención*, Herder, Barcelona

Busquemos ahora la palabra de Dostoiewsky, Vereno, de Waelhens, Sarano, Ricoeur<sup>57</sup>. Pero no quiero cansarles ya al final. A la postre el problema de la culpa se falla inexcusablemente en el corazón. Tibulo como poeta despliega ante nosotros y nos propone, sin dogmatismo, la que ha de ser nuestra postura existencial, sin sermonear, propone a los ojos cuál es nuestra elección verdadera y libre, la de la noche del ser, y es verdadera y libre esta elección por cuanto ella entra en crisis a cada instante y por tanto puede ser retomada y asumida. El hombre no puede empezar de nuevo, de cero, afortunadamente, al hombre se le pide que reordene sus actos, aceptándolos en un orden nuevo. La primera gracia que el hombre recibe es la de saberse culpable (*Tengo siempre presente mi pecado* no es locura ni alienación, sino mantenerme en mí mismo en lo que soy pero en voluntad de regeneración, que si ha de ser propia no será a costa del olvido o la mediatización de mi culpa). La gran conquista de la existencia personal es ser solidarios ahora de nuestras indecisiones de antaño, cuyas consecuencias conocemos hoy a través de la catástrofe contemporánea que ellas engendraron. Inhibiciones amantes, con ellas desasistimos a los seres para quienes solicitaron nuestra piedad y que declinamos. Por eso campanas de luto tañen en el corazón de los hombres por cada ilusión que nuestras culpas mataron ¿Pero quién soportará la noche del ser, vigía al borde del abismo, escrutador de la luz, quien hoy con la palabra tan limpia, que como Tibulo<sup>58</sup> en la antigüedad, pueda dar albergue a la Palabra, *Dios nuestro, Dios nuestro, por qué nos has abandonado*.

N B. — Estas líneas recogen prácticamente el contenido de la conferencia titulada «La culpa en Tibulo» que se pronunció en el Colegio Mayor Argentino de la Universidad Complutense, en el I Symposium de Humanidades Clásicas, celebrado en el año 1975

---

<sup>57</sup> Remitimos al lector a los siguientes libros, cuyas afirmaciones de alguna manera han estado en estas líneas y de las que por tanto nos sentimos deudores Castell Vereno y de Waelhens, *El mito de la pena*, ed Monte Ávila, B Delfgaauw, o c, vol III, pp 116 y ss, P Ricoeur, *Fmitud y culpabilidad*, Taurus, Madrid, 1969, y J Sarano, *Fe, dialéctica y culpabilidad*, Troquel, Buenos Aires, 1966

<sup>58</sup> Recalquemos, finalmente, que el hecho de que Tibulo no insista, una vez expresada la culpa de sus amantes, se debe a la interiorización de esa culpa como última ofrenda de amor.